

Jugueteé con el dial de la radio Trans-Oceanic, una Philco que venía de serie con el Mustang, como quien trata de arrancarle música a una reliquia. Mis dedos giraban lentamente la rueda, en espirales pequeñas, casi con cariño. Después de unos segundos de crujidos, estática y locutores que sonaban como si llevaran corbata hasta en la ducha, conseguí enganchar la WQXR. Mi emisora fetiche. Desde 1944 en manos del New York Times, y probablemente lo único decente que les queda.

Era clásica. Solo clásica. Nada de pop de plástico ni de rock con complejo de estrella. Música que sabía dónde colocar las emociones, incluso cuando tú no querías sentir las. Y mientras los violines inundaban el habitáculo, mi pulso —que había estado acelerado desde la salida— bajó un poco. No demasiado. Solo lo justo para recordarme que, por ahora, seguía al mando.

Justo entonces sonaba el preludio del acto III de *Die Walküre*, de Wagner. Sí, La cabalgata de las Valkirias, interpretada por la Filarmónica de Berlín y dirigida por el divo absoluto de las batutas: Herbert von Karajan. Egocéntrico como un político en campaña, pero cuando se ponía al frente... bueno, hasta los violines se ponían firmes.

Desde que Coppola estrenó *Apocalypse Now* este mismo agosto, todo el mundo creía que esa música de Wagner se había escrito exclusivamente para helicópteros lanzando napalm. Aquella escena de Bill Kilgore —Robert Duvall, en uno de esos papeles que ya no se olvidan— haciendo volar por los aires una aldea del Viet Cong al ritmo de esta pieza, había dejado huella. Los Huey zumbaban como abejas cabreadas, las ametralladoras escupían plomo, y La cabalgata trataba de reventar los altavoces antes de que el napalm lo hiciera con la selva.

Lo irónico del asunto es que los Huey, con nombre de tribu americana, eran esos mismos pájaros metálicos con los que el ejército bombardeaba a otras culturas. Cheyenne, Apache, Chinook... Bonito homenaje: bautizarlos con los nombres de a quienes primero masacraron.

Ya fuera de la ciudad, con el skyline de Nueva York haciéndose pequeño en el retrovisor como un recuerdo al que no pensaba volver, apreté el acelerador. El Mustang rugió con la dignidad de una bestia vieja pero orgullosa, los 320 caballos galopando bajo el capó como si tuvieran algo que demostrar.

Y entonces sucedió.

La música de Wagner se fundió con el motor. El rugido del V8 se convirtió en parte de la orquesta, y por unos minutos, la carretera dejó de ser asfalto y pasó a ser campo de batalla. Y ahí estaba yo, sentado otra vez en el centro de todo, como en los viejos tiempos, cuando aún creía que los buenos ganaban y los helicópteros eran nuestros ángeles guardianes.

Claro que no duró. Nunca lo hace.

Pero durante ese instante... aparecieron recuerdos que creía muertos. Cosas que había enterrado a conciencia y cerrado con llave. Y sin embargo, ahí estaban. La música siempre encuentra las grietas.